

MEMORIA DE UN CUENTO AZUL:
Carlos Edmundo de Ory y Juan Eduardo Cirlot

Ana Sofía Pérez-Bustamante Mourier

Juan Eduardo Cirlot y Carlos Edmundo de Ory mantuvieron una singular amistad epistolar entre 1945 y 1971 que se extendió más allá de la muerte de Cirlot en 1973. Ory custodió “como oro en paño” todo lo que le envió su “admirado amigo”, y siguió allegando materiales sobre él (noticias, artículos, homenajes, trabajos académicos...) hasta su propio fallecimiento en 2010.

La correspondencia Ory/Cirlot no fue continua, sino en dos tramos distantes (1945-52, 1970-71), y no se conserva completa, como se puede ver en este cuadro:

Años	Cartas de Cirlot/Ory	Cartas cortas	Tarjetitas	Postales y fotos	Telegramas
1945	46 / 5		1 Cirlot	1 Cirlot	2 Cirlot
1946	14 / 6	2 Cirlot	1 Cirlot	3 Cirlot	
1947	3 / 7				
1948	0 / 4	1 Cirlot	1 Cirlot	1 Cirlot	
1949	1 / 2				
1950					
1951	0 / 1				
1952	0 / 2				1 Cirlot
1970/1971	16 / 16				

Según el testimonio de las hijas de Cirlot, los papeles de su padre anteriores a 1960 se perdieron: él los destruyó. En cuanto a Ory, no siempre hizo copia de sus propias cartas, pero es posible que sus borradores se conserven en las libretas de tapas de hule negro donde desde 1944 llevaba su diario. Del diario (cf. CABALLÉ: 2015), del que salió un anticipo en 1975, apareció en 2004 una espléndida edición en tres volúmenes al cuidado de Jesús Fernández Palacios, pero se trata de una versión expurgada por el autor, que eliminó pasajes delicados o anecdóticos relativos a terceras personas. En las carpetas de correspondencia, que Ory ordenó como un auténtico profesional, de vez en cuando aparecen fotocopiadas algunas páginas de sus libretas concernientes a Cirlot.

Se trata de una correspondencia inédita en su conjunto por expresa voluntad de Juan Eduardo. De este material se valió Carlos, con escrupulosa discreción, en cuatro ocasiones: en “Historia del postismo” (1970); en la conferencia “Sobre el postismo hoy” (Museo de Teruel, 1992); en “La amistad celeste” (dentro del catálogo dedicado por el IVAM a la exposición *El Mundo de Juan Eduardo Cirlot*, 1996); y en “El amigo de la tristeza”, prólogo a la edición póstuma de *El libro de Cartago*, de Cirlot (1998). De otro lado, Victoria Cirlot publicó en 2001 un penetrante artículo titulado “Juan Eduardo Cirlot y Carlos Edmundo de Ory: historia de una amistad abstracta”, que es el más completo hasta la fecha. En carta inédita a Victoria Cirlot, fechada en Thézy-Glimont el 22 de octubre de 1996, Carlos resumía su amistad así:

Fue algo que escapa a la “pequeña historia” ofrecida a la curiosidad de lectores. Fue vivencia común, forzosamente íntima, en el terreno de la emoción. Ocurrió entre dos hombres psicológicamente distintos (tú lo adviertes); hombres, ambos poetas y egos tremendos, apremiados por una especie de necesidad comunicativa con “alguien” de tipo no normal. Es decir, anormal. Con quien el diálogo se transformase en monólogo. Y esto hubiera sido imposible sin la confianza y la simpatía mutua. Aquel niágara de palabras era un baño de cariño. Si se tiene en cuenta este sentimiento, que a veces rayaba en la ternura, ¿cómo se puede hablar de “amistad abstracta” o “amistad celeste”?

Para saber de nuestra misteriosa amistad en su verdadera línea, tendría que ser contada como un cuento azul o una fábula, inventándola de un modo mítico, *mythologein*. Pero nadie lo haría, por supuesto. Como dice Jung: “El hombre ya no sabe crear cuentos”.

Lo mismo, solo que planteado desde la inmediatez de la vivencia, es lo que escribe Ory en carta a Juan Eduardo de 14 de marzo de 1947:

Creo que es muy alentador para mí saber, cuanto que vivo solo y sin una milagrosa compañía, que, en otro lado, distanciado de mí en espacio y tiempo una persona vive y sabe que yo vivo de manera que si estuviera cerca, es decir aquí mismo podría ser algunas veces mi acompañante. Tú eres esa persona.

Llegados a este punto, conviene hacer un poco de historia. En primer lugar fue Juan Eduardo el que, deslumbrado por el número 1 (y único) de la revista *Postismo* (enero 1945), escribió a Eduardo Chicharro, Carlos y Silvano Sernesi deseoso de contactar con ellos y de ser leído por quienes, como él, eran solitarios herederos de la Vanguardia en la oscura España de los 40:

Amigos:

Leo vuestra revista, yo, un habitante de la sombra temporal. Me he emocionado por la intención, espero que cada número supere al anterior. Es bello y surrealista escupir al padre, por eso os perdono que no queráis confesaros sola y simplemente surrealistas [...]

Leedme con cariño, os lo suplico. Y para que vayáis conociéndome físicamente os diré que tengo los ojos verdes, una actitud algo paranoica (con exactitud la rigidez de rostro de máscara tan apreciada por los Reyes antiguos que fueron calificados de Serenísimos), 28 años de edad, soy alto, sé el idioma (lo juro por Dios) egipcio, pues había estudiado egiptología unos cursos. Amo a Neruda, a Eluard —a quien conocí personalmente—, a Breton, etcétera. Y hasta el momento la frase más automática e impresionante que se me ha ocurrido es:

Los ojos de la Bestia me contemplan,
los ojos de mi hermano asesinado.

Os quiere

Juan Eduardo Cirlot

No obstante lo aparatoso de esta “autopresentación”, cuando los postistas sacaron el primer y único número de *La Cerbatana* (abril 1945), dejaron constancia de que D. Juan Eduardo Cirlot figuraba en la “Lista de adheridos y simpatizantes a la NUEVA ESTÉTICA” pero no incluyeron ningún poema suyo: solo utilizaron la imagen de una carta de él en una sección-collage titulada “Nuestros amigos. Esos Locos”. En las frases, cortadas en la composición, lo único que se leía claro era: “pero yo también os amo ¡celestes espejos míos”, y la postdata: “Mi permiso de publicación a todo”. Cirlot montó en literaria cólera por el ninguneo y les hizo llegar,

con patetismo humorístico, una soberbia misiva dirigida ahora a los “Monstruos malditos, cerbatanarios infames” que le habían utilizado miserablemente sin ofrecerle nada a cambio (4/5/1945). Adjuntaba también varios poemas, entre ellos un “soneto no postista pero maravilloso” (“Soneto micénico”) y otro dedicado “A Silmunsi Orycharro” (ORY, C.E.: 1996, 14). La provocativa y desenfadada respuesta de los cerbatanarios no se hizo esperar:

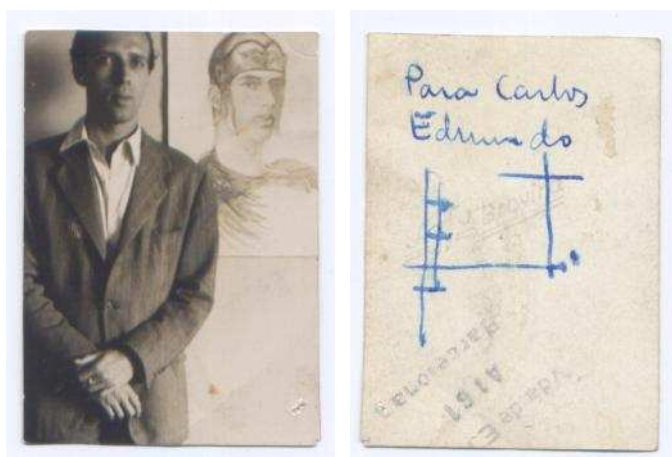
Nos ha gustado tu primera [carta] porque nos odias, y el Zola de Carlos dijo: El Odio es Santo. ¿Por qué son más bellas tus cartas que tus versos? ¿Qué culpa tenemos nosotros de ello? Además sentimos en el alma declararte que, aparte tu carta, lo verdaderamente, lo especialmente, postista que nos envías es precisamente el soneto, que declaras no ser postista.

La respuesta, sin fecha, iba firmada por Chicharro, Ory y Sernesí, pero en ella destacaba la mano, la voz, de Ory. Acaso por eso, o por el impacto que le había producido el cuento “La mujer de los tres trapos” en *La Cerbatana*, en la siguiente ocasión Cirlot escribió a Carlos directamente, y en otro tono:

Carlos Celeste.

Hijo mío: yo solo soy un perro vestido de Purísima Concepción. Estoy amaestrado por el más cruel de los domadores y ha logrado que tenga voz de niño ciego, para cantar, para pedir limosnas de amor. Ay, corazón, ay, de amor amortajado tajando mi alma en calma mala a la que me voy acostumbrando. Hijo mío. Sé que me quieres como el árbol. Y no me conoces. [...]

Se trata de una carta autógrafa, con fecha de mayo de 1945, a la que se adjunta un poema (“Túmulo”) y una foto dedicada que Ory comentaría ampliamente, definiéndolo como “un hombre extraño del Líbano” e intuyendo con perspicacia la esquizotimia que afectaba a su nuevo amigo: “¿por qué tienes esas manos tocándose de ese modo como si fueran de distinta sangre? Por eso, a veces, no puedo entenderte Juan” (11/6/1945).



Juan Eduardo Cirlot en su habitación de la calle Roger de Flor, en Barcelona. “Mirando a lo lejos se advierte que las manos del hombre carecen de significado para un lenguaje infinito” (Cirlot, “Dolor contemplativo”, texto adjunto a carta del 2/6/1945)

Cirlot le explicó que, a base de lecturas de tipo antropológico, psicológico y simbólico, había llegado a la convicción de que, pese a su esquizotimia (un trastorno “químico y hormonal”), no acabaría en un manicomio (1/8/1945). Lo que no le impedía “literaturizarse”:

Existen, claro está, Eduardo y Juan, pero no lo digas, no lo digas... Además, son bien distintos de lo que tú supones. Se odian, un día tal vez uno mate al otro. Eduardo es todo fuego. Juan es un paria. [...]

Ah, no estamos solos. Hemos tenido un hijo: Juan ha puesto el sufrimiento, Eduardo ha puesto la poesía. Se llama Miguel, era el hombre más apasionado del mundo. Vivía junto a un puerto. Huyó de su ambiente. Nadie volvió a verle. Se le conoce por referencias. (23/6/1945)

Sobre estas bases siguió un intercambio epistolar a veces frenético (más de una carta datada el mismo día, contestaciones a vuelta de correo...) y otras interrumpido por los dignos “enfados” de Juan Eduardo, la desidia de Carlos o las alternativas crisis de ambos. Son cartas que responden, lo mismo que la escritura diarística o propiamente literaria, a la necesidad de inventar (e inventarse) en la complicidad de la escritura: “¿Cómo nos gusta, eh amigo, esa transfiguración del “yo” normal en “yo” mágico”, escribía Cirlot (s/f, 1945). Cartas escritas para impresionar y seducir, por supuesto, pero también para sostener la propia ilusión. Como llegó a escribir Ory, “Mucho tiempo se pierde en el entusiasmo y en el decaimiento. ¡Nunca alcanzaremos el heroísmo! ¡No somos más que pequeños autosugestionados! ¡Dulces farsas tristísimas! (20/2/1947).

La correspondencia primera es eminentemente exhibicionista, propia de dos jóvenes exaltados. Tanto Cirlot como Ory se envían continuamente autorretratos literaturizados de enorme interés. Cirlot exhibe su tristeza, su aislamiento, su seriedad austera, su idealismo épico. Su imaginario encaja en gran medida en lo que Gilbert Durand denomina “régimen diurno, o esquizomorfo, o diarético” de la imaginación: un joven que se siente como un ángel caído en el mundo del tiempo, la circunstancia y la materia corruptible; un espíritu ávido de espacios imaginarios de belleza y pureza ideal que intenta con fiereza defender su vulnerabilidad tras un muro; un alma errante y anacrónica, un cartaginés en pleno siglo XX, sin posibilidad de retorno, sin fe en ningún tipo de trascendencia (sea resurrección o reencarnación):

Soy un hombre triste al que nadie ama y que se aparta sistemáticamente de eso que llaman sociedad. La felicidad consiste para mí en la oscuridad luminosa que me rodea en la convivencia con sombras y en la adoración del mundo físico silencioso. [...]

Tengo tres dioses. Ella, la muda, tierra, mujer. Él = yo mismo sublimado, el cielo, el espíritu y Ello= Elohim, llamados Cabiros (Kabiru) en mesopotámico. [...]

Mis poetas predilectos son: Pablo Neruda, Stephan Mallarmé, Paul Eluard y Walt Whitman. En segundo término, Federico y Rafael, Góngora, Hölderlin, Baudelaire, Poe y Shelley.

Oigo música cada día. Como medianamente, casi no bebo alcohol y no fumo. No tomo droga alguna. Tengo los ojos verdes. Lo primero que me interesa del mundo: es el mundo, lo segundo: las diversas culturas, lo tercero: la manera de petrificarlas; esto es, el Arte. (15/8/1945, carta manuscrita)

Si el símbolo cirlotiano casi por antonomasia es la espada tajadora (él empezó a coleccionar espadas en 1950), en cambio el régimen imaginativo al que mejor parece

adscribirse Carlos Edmundo es el opuesto, el nocturno, ictiomorfo o místico: el régimen en que la imaginación invierte el sentido de su terror hacia el tiempo y se refugia en la materia, el cuerpo, el humor, la ternura, los placeres de la noche y la embriaguez orgiástica:

No puedo decirte nada que no sea reflejo de las columnas dolientes de mis sienes multíparas y cenagosas. Nada que no sea manantial puro de poesía: hostia impoluta sin uña de pecado. Pero te engaño, Cirlot, Ciro el Joven, hermano de Artajerjes, porque no podrás esperar de mí nada de eso, ¡ya!, de mí, el ser más opiómano del pecado, no podráslo. Mi alma tiene columna vertebral y tuétano. Yo no tengo alma en el alma; tengo en el alma cuerpo, trapos de carne fosfatada y aceitosa como las piltrafas del hediondo mercado chino que canta a voz en grito Octavio de Mirbeau.

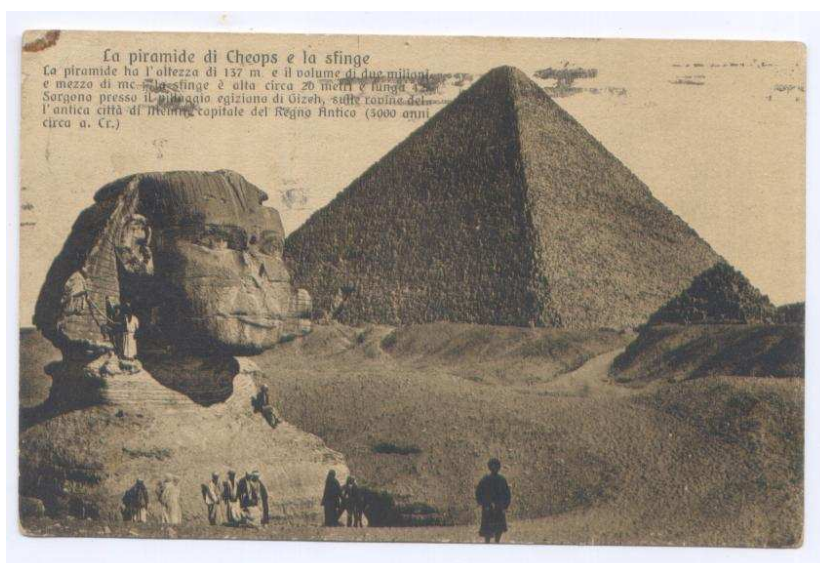
Solo un poeta puede cambiar de voz con otro poeta.

Solo un poeta puede cerrarme los ojos y abrirme la cama de los sueños y acostarme y taparme y llamarme alba clara, dando con los nudillos en mi frente, para desayunar. (2/6/1945)

Mientras Carlos Edmundo disfruta provocando al hierático, serio y evasivo Cirlot con alguna que otra fantasía erótica, éste, muy condicionado por su formación católica en un colegio jesuita, se siente más cómodo en un plano de idealismo abstracto, propiamente “celeste”:

Había yo imaginado en una ocasión una larga conversación por un teléfono que anulase los timbres de voz. Dos personas podrían amarse. ¿Serían hombre y mujer, hombre y hombre, mujer y mujer? No, serían voz y voz. Tú y yo no somos mutuamente sino eso dos voces, dos seres humanos (fíjate cómo sin proponérselo hemos llegado con una naturalidad perfecta a un caso de abstracción pura). Dialogamos a veces, pocas, en otras nos reflejamos alternamente. Tu yoísmo tremendo, como el mío no pueden tolerar “profundamente” sino eso, por eso también me suenan ¡cómo a mías! tus lamentaciones sobre el tema de la soledad. (1/8/1945)

Ambos se recomiendan aquello que perciben que más falta al amigo: Juan Eduardo insta a Carlos rehuir las disipaciones y alimentarse a conciencia. Carlos le aconseja a Cirlot que se aleje de la excesiva frialdad, la mecánica litánica y la grandilocuencia “operística”, y que se abra a lo cotidiano: en este sentido le criticará su “Elegía sumeria” y le recomendará seguir el camino emprendido en “Diariamente”.





Postal que Cirlo envía a Ory desde Barcelona: “Estoy en Egipto. Casi muerto. Olvido tu olvido porque no puedo recordar tu recuerdo”.

La escritura alucinada corresponde en puridad a los años 1945-47, años en que Carlos, ya independizado de su familia, vive en Madrid la fiebre postista con su maestro Chicharro, y Juan Eduardo, tras contactar con el surrealismo en Zaragoza a través de Alfonso Buñuel, ha regresado hace poco a Barcelona. Aquí César González Ruano lo describe como buen poeta y hombre extraño, “muy preocupado por la egiptología y la magia”, con “un raro aire de falso faraón con gabardina”, que “llevaba una vida muy seria y aburrida y no pertenecía a la Barcelona de noche” (GONZÁLEZ RUANO: 2004, 540-541). A Carlos Edmundo lo describe José Manuel Caballero Bonald como “menudo, venático, macilento y egotista”, con un “sentido sacral de la creación literaria” que le llevaba a encerrarse a escribir “con la sublimación visionaria de un anacoreta” en medio de lo que en sus inicios fue un “frenesí luzbeliano” (CABALLERO BONALD: 1995, 268-271). En esto coincidían ampliamente Juan Eduardo y Carlos Edmundo: en encerrarse para buscar, a través de la escritura, el secreto de la belleza, el conocimiento y la inmortalidad. Jaime Parra resume los puntos que tuvieron ambos poetas en común: “el movimiento de la música en la forma, y la poética del abismo, la extranjería, en el sentido” (PARRA: 1997, 131). Otra cosa importante les unía: la profunda soledad y la necesidad de dar sentido a su vida por medio de la creación. En palabras de Ory: “Estamos hechos de un sexo solo: sexo de soledad. Que nos quieran esa es la gran ambición. La ambición de “servir para algo”. [...] ¡Oh, nuestras almas, donde cabe una canción!” (30/1/1947).

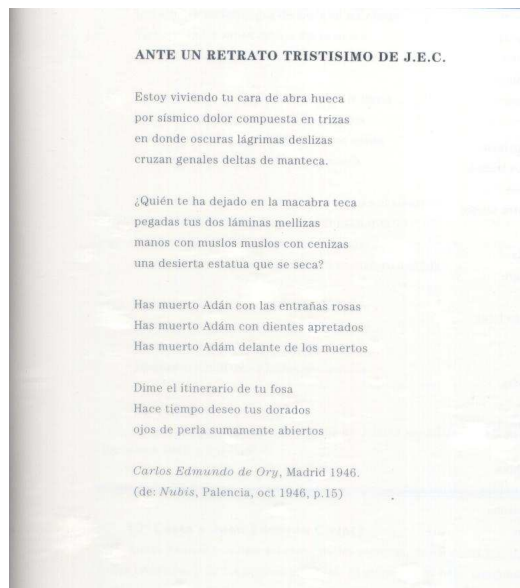
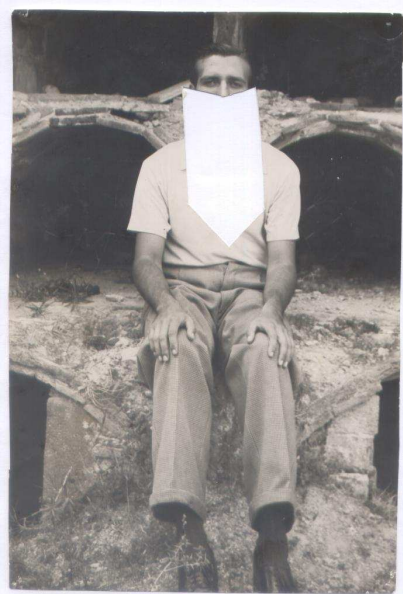
La relación epistolar se hizo menos compulsiva a partir de 1947. En ello debió influir el hecho de que Cirlo, que no en vano le llevaba siete años a Ory, tomó medidas para salir de su permanente estado de crisis espiritual: cambió de trabajo (del Banco Hispanoamericano a la editorial Argos), conoció al grupo con el poco después integraría *Dau al Set* (Joan Brossa, Arnau Puig, Joan Ponç, Antoni Tàpies, Modest Cuixart y Joan-Josep Tharrats), y lo que es más importante, ordenó su vida casándose con Gloria Valenzuela, una joven muy parecida a Elizabeth Siddal, la angelical esposa y modelo de Dante Gabriel Rossetti. Por su parte, Carlos Edmundo deja de trabajar como Bibliotecario del Parque Móvil Municipal en 1953 y, sintiéndose asfixiado en el Madrid franquista, se marcha a París, ya definitivamente, en 1955.

En estos años Ory y Cirlot solo se vieron en dos ocasiones: el 18 de junio de 1948 en Madrid, en casa de Chicharro, y en un corto viaje a Barcelona a finales de marzo de 1952. Son muchas las cartas en que los amigos celestes muestran deseos vehementes de conocerse en persona, con la diferencia de que a Cirlot, en última instancia, le daba pánico suscitar rechazo. Aun así, Juan Eduardo fabula el futuro encuentro entregándose a una prosa creativa donde se advierte la huella del Lorca del “Son de negros en Cuba”:

Iré a Madrid, cuando todo el oro reunido de los otoños nupciales me queme las venas hasta hacerlas saltar de alegría y de gloria. Iré a Madrid cuando mi nombre tenga la forma de un palacio intocable. Entonces tú verás mi vestidura blanca y mi pena azulada. Te daré mi paloma de esmeraldas para que sepas desde dónde vengo, cuál es mi patria y cuál es el norte hacia el que me dirijo. (27/11/1945).

Una viva crónica del primer encuentro es la que ofrece Francisco Nieva en sus memorias, donde describe magistralmente a Carlos Edmundo como un “gnomo brillante, especie de Peter Pan”, “cuya principal misión en el mundo era sorprender”, con una soberbia solo compensada por su sentido del humor, “que por momentos revelaba un fondo de ingenuidad y de auténtico desvalimiento”; “un hombre bien hechito, con esqueleto casi de pájaro, el pelo a lo náufrago, los ojos con un reflejo maligno”. También retrata a Juan Eduardo: un chico “muy guapo y elegante”, “muy de Barcelona”, que “daba una impresión de encendida bondad, de entrega absoluta a los hermanos en el arte, cualquiera que este fuese” (NIEVA: 2002, 54-58). La víspera del encuentro con Cirlot en casa de Chicharro, Carlos escribió de una tacada, según Nieva, los “cinco poemas edmundianos” con los que quiso, y logró, dejar estupefacto a Cirlot: “Acelga y lobo dátíl de la cueva/ estrella y frío de la gruta hermano/ invierno de jinete en el kilómetro/ un lirio lluvia de la mona al nido/ oso pava kilate rey del salto/ tabla y uva y yerba de la zarza/ el albañil que borda su conejo...”. Este fragmento ilustra como ninguno la certera observación de Victoria Cirlot sobre las diferencias y afinidades estéticas entre los amigos celestes: “La poesía de Cirlot estaba invadida por la música, en aquellos años, por la de Scriabin, por Stravinsky y comienza a estarlo por Schönberg (el *Pierrot Lunaire*). La poesía de Ory lo estaba por el ornamento, por las lacerías cruzadas y entrecruzadas. Abstracción y ornamentación: acaso no estaban tan lejos, animadas por el mismo espíritu, tal y como Cirlot sostuvo en uno de sus ensayos sobre arte” (CIRLOT, V.: 2001, 107).

Más allá de los escasos encuentros reales (no se ha conservado ninguna foto que los muestre juntos), Cirlot y Ory intercambian autores, lecturas, sueños y estímulos creativos. A Cirlot le sugestionó un arcano nombre de mujer que usó Ory en una de sus cartas, y a esa desconocida Izé Kranile le dedicó (anexo a carta de 7/6/1945) un poema de reminiscencias lorquianas que en 1951 aparecería en las páginas de la revista *Platero de Cádiz*: “[...] Pájaros hondos palpitan / sobre el camino deshecho./ Un vidrio seco y rugiente / destituye el firmamento.// Mis manos rotas y lentas / descansan sobre el desierto / de venas desmelenadas / y crisantemos de acero./ [...] ¿Qué cantas tú Ize Kranile / con tus entrañas al viento?/ Islas dementes rechazan / mi absorto viaje secreto”. A Ory, mucho más incardinado en el mundo sensible, quien le inspira es su invisible amigo. A una extraña foto que le envía Juan Eduardo dedica Carlos el soneto “Ante un retrato tristísimo de J.E.C.”:



Juan Eduardo Cirlot retratado en el cementerio de un antiguo castillo (septiembre, 1942)

El poema, publicado en la revista palentina *Nubis* (octubre de 1946), pasó con variaciones en texto y título (“Ante un retrato de J.E.C.”) al libro *Los sonetos* (1963), de donde lo tomó Rafael de Cózar para su antología *Metanoia* (1990). En las carpetas de Carlos encontramos también copia de un poema que no está dedicado expresamente a Cirlot, pero que seguramente se inspira en él. Nos referimos a “Himno a un poeta” (1947), publicado en *Espadaña* (León), que comienza así:

¿Qué se ha hecho de un hombre que cantaba
siempre al atardecer, un hombre fuera
del día y de la noche, un gran anillo
en el fondo del sol, una gran sombra?

¿Qué se ha hecho? Cantaba himnos peánicos,
pero era más bien bíblico, ponía
un pie en la luminosa Grecia antigua,
otro en Judea, menos luminosa. [...]

A estos habría que añadir, siguiendo a Jaume Pont, otros dos: “Vuelven los entes de ficción” (1946) y “El hombre de los palomares sucios” (1947), título que procede de un verso de Cirlot (PONT: 1998, 47, n. 40). Aparte de esto, las cartas de Ory mencionan dos proyectos inéditos en los que figuraba una literaturización de Juan Eduardo. El primero de ellos, “El aquelarre de Juan”:

Querido cocodrilo: voy a escribir tu vida prohibida, cuanto antes, como te dije. Tu vida subterránea y triunfante. Escrita tengo, con éxito, la de G.P. ya. Después escribiré la de otro. Con estas tres vidas inventadas sellaré mi libro dorado, cuyo título ha de ser: “Los 3 Aquelarres”. Deseo lo sepas, nada más. Aunque no te pido, bajo tu signo, que lo autorices. (1/7/1948)

El 5 de diciembre Juan Eduardo ya había recibido y leído el relato: “Has escrito mi historia triste: no puedo darte las gracias. Debería pagarte por el certificado de

defunción. Progresivamente, a través de tu estudio, por otra parte excelente, se ve el descanso, el Descendimiento”. A lo que Ory contesta, ese mismo diciembre:

Siento tu lamento porque la historia ha salido triste. Pero tú sabes que no fue por casualidad. Toda tu tristeza real (aunque tú no la hayas visto nunca en espejo) bien vale una historia triste. Toda historia bella, además, es triste al mismo tiempo. Y yo no he hecho más que darle dinámica y génesis a esa tristeza demasiado racial, plasmática, evolutiva. Tú eres lo que se puede llamar un “homo religiosus”, un intelectual: Que está antes del misticismo y después del amor. Es decir, no un hombre que muerde lo imaginario con una boca real, sino que muerde lo real con una boca imaginaria. No creas que tu tristeza ha sido para mi narración un simple “leit motiv”. Yo te he visto así realmente: No eres otra cosa.

De “El aquelarre de Juan” no tenemos a día de hoy más noticia. El segundo relato se menciona en una carta de 1970 donde Carlos le habla a Juan Eduardo de que está escribiendo una novela, “Yo te amo Madrid”, con vivencias personales de la etapa madrileña y menciones directas a personas y cartas, y le pide permiso para sacar su personaje a relucir. Cirlot le ruega que de ninguna manera lo convierta en personaje reconocible ni cite pasajes de sus cartas (17/11/1970). Ahí quedó el asunto.

Este segundo tramo de correspondencia, a diferencia del primero, se debió a la iniciativa de Carlos Edmundo, que echaba de menos la sugerente relación con el antiguo amigo y admirado poeta, y que lo necesitaba como lector y como asesor bibliográfico: “Eres en España el único que sabe lo que yo sé, aparentemente así lo creo”. En esta ocasión sus cartas fueron menos desenfadadas, más reflexivas, filosóficas y espirituales. Carlos estaba entrando en su fase de madurez en un ambiente que era el del mayo francés, la libertad total, la creación colectiva, la psicodelia, el retorno New Age de las teosofías... Era un budista sensual y un poeta pletórico. Cirlot, que había prescindido de la vida social, había entrado en su fase poética de plenitud, pero esto no le impedía sentirse acabado, convencido de que moriría pronto (no en vano “se le había aparecido” Bronwyn, la imagen femenina ideal de su alma divina), angustiado por su extremo nihilismo, frustrado como poeta incomprendido. En este segundo tramo epistolar la diferencia es grande. La resume Victoria Cirlot de una manera contundente:

Si en la primera etapa hubo escaso diálogo y las voces sonaban solas en un mismo espacio, en los años 1970/71 las cartas parecen más bien una justa en la que las palabras como lanzas buscaran hacer brotar la sangre que es aquello que hondamente se sabe de uno mismo: el secreto (CIRLOT, V.: 2001, 115).

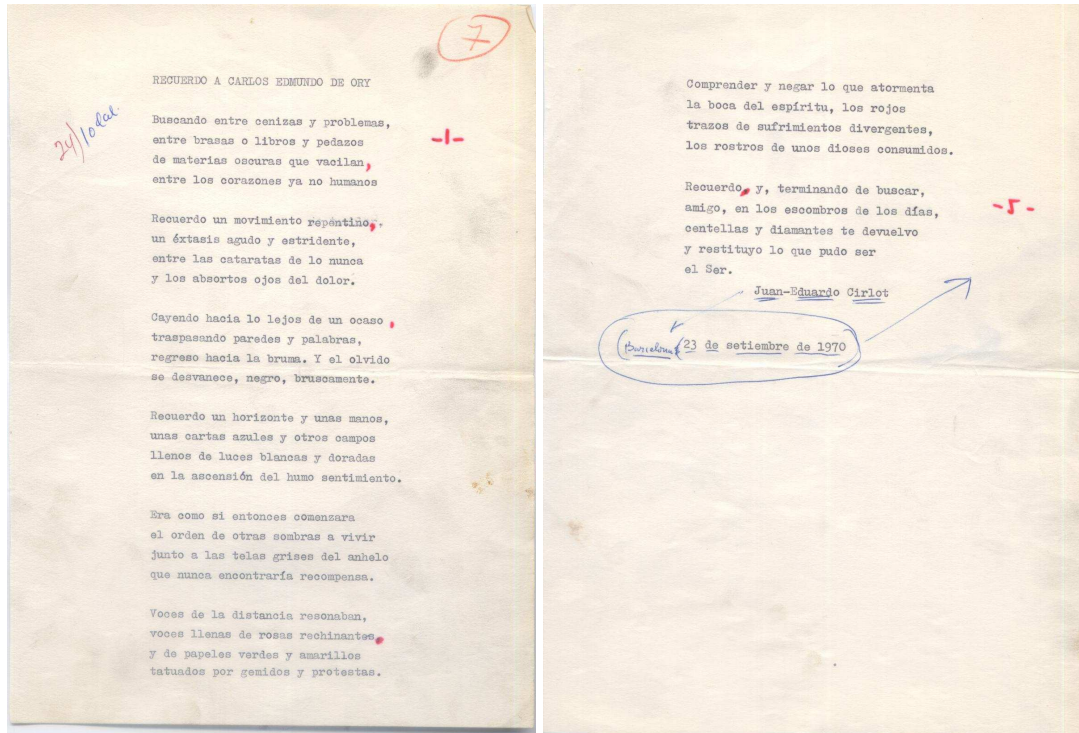
La correspondencia última muestra cómo Cirlot y Ory han llegado al cenit de sus respectivos regímenes imaginarios: Cirlot al apartamiento y la soledad mortal; Ory, a la comunión erótica:

No me influyes porque el edificio de mis creencias –aunque oscilante- reposa sobre una fuerza mayor. No mayor que tu propia fuerza criatural de marca trágica. Sólo que yo vivo de fe, esto es, de AMOR. Tú te sientes abandonado, en una soledad de muerte. Ya no te sirven las ‘luces’. Y temes, acaso, el agotamiento de tus fuerzas creadoras. Has vivido, me parece, una magia solitaria. No tienes libertad de movimiento más que en el desierto de tu alma. (25/1/1975)

Juan Eduardo Cirlot nunca fue postista, y de hecho su percepción del postismo fue quizá algo reticente (eso nos parece la entrada que redactó para su *Diccionario de*

los *Ismos* en 1949). Pero su admiración por Ory, en tantos aspectos encarnación de lo Mismo y lo Otro, llegó hasta el final. Testigo de aquella hermosa y solitaria amistad fue el poema “Recuerdo a Carlos Edmundo de Ory”, que Cirlot envió a Félix Grande para que lo incorporara al número de *Litoral* en homenaje a Carlos (1971).

A solas en la sede de la Fundación Ory, leyendo cartas viejas en agosto, me parece entender -¿perfectamente?-, “el sexo de la soledad”.



BIBLIOGRAFÍA

CABALLÉ, Anna (2015), “Ory, Carlos Edmundo de”, *Pasé la mañana escribiendo. Poéticas del diarismo español*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, pp. 237-240.

CABALLERO BONALD, José Manuel, *Tiempo de guerras perdidas*, Barcelona, Anagrama, 1995.

CIRLOT, Juan Eduardo (1951), “Izé Kranile” [1945], *Platero* (Cádiz), 2ª época, nº 3, marzo.

_____ (1971), “Recuerdo a Carlos Edmundo de Ory” [1970], *Litoral* (Torremolinos, Málaga), nº 19-20, “La Hora de Ory”.

_____ (2006), “Postismo”, *Diccionario de los Ismos* [1949], Madrid, Siruela, Ed. Lourdes Cirlot y Victoria Cirlot, pp. 513-514.

CIRLOT, Lourdes & Victoria (1997), “Juan-Eduardo Cirlot: un boceto biográfico”, *Barcarola* (Albacete), nº 53, Dossier Cirlot, pp. 53-67.

CIRLOT, Victoria (2001), “Juan Eduardo Cirlot y Carlos Edmundo de Ory: historia de una amistad abstracta”, *Carlos Edmundo de Ory. Textos críticos sobre su obra*, Cádiz, Diputación Provincial, 2001, Ed. Jaime Pont y Jesús Fernández Palacios, pp. 95-117.

DURAND, Gilbert (1981), *Las estructuras antropológicas de lo imaginario* [1963], Madrid, Taurus.

GONZÁLEZ RUANO, César (2004), *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a medias* [1951], Sevilla, Renacimiento.

NIEVA, Francisco (2002), *Las cosas como fueron. Memorias*, Madrid, Espasa Calpe.

ORY, Carlos Edmundo de (1946), “Ante un retrato tristísimo de J.E.C.”, *Nubis* (Palencia), recogido en *Ciudad de ceniza. El surrealismo en la posguerra española*, catálogo de la Exposición en el Museo de Teruel, 1992, Ed. Juan Manuel Bonet y Emmanuel Guigon.

_____ (1948), “Himno a un poeta” [1947], *España* (León), nº 33, p. 2.

_____ (1963), “El hombre de los palomares sucios”, *Los sonetos*, Madrid, Taurus, p. 43.

_____ (1963), “Vuelven los entes de ficción”, *Poesía 1945-1969*, Barcelona, Edhasa, p. 58. Ed. Félix Grande.

_____ (1970), “Cinco poemas edmundianos” [1948], *Poesía 1945-1969*, Barcelona, Edhasa, pp. 55-56. Ed. Félix Grande.

_____ (1970), “Historia del postismo”, *Poesía 1945-1969*, Barcelona, Edhasa, pp. 261-278. Ed. Félix Grande.

_____ (1975), *Diario*, Vol. I, Barcelona, Barral Editores, col. “Ocnos”.

_____ (1990), *Metanoia*, Madrid, Cátedra, Ed. Rafael de Cózar.

_____ (1993), “Sobre el postismo hoy”, *Turia* (Teruel), nº 24-25, IV Jornadas en torno a Luis Buñuel, “El surrealismo en la posguerra española”, pp. 24-25.

_____ (1996), “La amistad celeste”, *El Mundo de Juan Eduardo Cirlot*, Valencia, IVAM, pp. 12-20. Ed. Enrique Granell Trías & Emmanuel Guigon.

_____ (1998), “El amigo de la tristeza”, prólogo a la edición póstuma de *El libro de Cartago*, de J. E. Cirlot, al cuidado de Victoria Cirlot, Tarragona, Igitur, pp. 9-16.

_____ (2004), *Diario 1944-2000*, 3 vols., Ed. Jesús Fernández Palacios, Cádiz, Diputación Provincial.

PARRA, Jaime Daniel (1997), “Bronwyn: ciclo poético, forma y figura proyectiva de la de la obra de Juan Eduardo Cirlot”, Universidad de Barcelona, Barcelona. Cit. por J. PONT (1998).

PONT, Jaime (1998), *La poesía de Carlos Edmundo de Ory*, Lleida, Universitat de Lleida & Pagès Editors.